

JESÚS COMO PERSONA QUE TRASPASA FRONTERAS

A propósito de superaciones necesarias y de separaciones fundamentadas

El presente artículo, partiendo de actuaciones ejemplares de Jesús y en el contexto de las concepciones cristológicas de los Evangelios, presenta cómo Jesús se enfrenta a diversas fronteras y las anula. A la vez, se puede constatar que en algunos campos el poner fronteras puede implicar también apertura de fronteras.

Jesus als Grenzgänger, Bibel und Kirche 71/2 (2016) 88-94

En el Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret va a las fronteras de la sociedad y se preocupa sobre todo de los marginados. Ni las barreras culturales y sociales, ni las religiosas y étnicas, se lo impiden. Pero también el Cristo predicado después de Pascua traspasa fronteras: Su resurrección por parte de Dios

y su instauración como Señor universal del mundo implican una superación radical de límites. Pero ir a las fronteras y superarlas no comporta mezclarlo todo, relativizándolo. Al contrario: Jesús pone fronteras claras y necesarias, solo que éstas no son las que quisieran sus contemporáneos.

EN EL CENTRO: DIOS

Dios está en el centro de la predicación de Jesús. La aproximación del “reinado (Reino) de Dios” marca toda la actuación de Jesús. Sus palabras y actuaciones, como su dedicación a los enfermos y pecadores, sus normas éticas y la formación del círculo de los discípulos solo pueden ser entendidos dentro de este marco.

Jesús describe la implantación del reinado de Dios como una *offerta*. De entrada, no va unida a nin-

guna obra humana previa. Por eso se puede dirigir a los pecadores (Mc 2,15-17; Mt 11,19 par Lc 7,34). Pero comporta, como respuesta (Jn 8, 11), la *exigencia* de que se convierta, si no quiere que se le convierta en un duro *juicio* (Mt 18,23-35).

Un ejemplo: la acción de Jesús en el Templo

Su actuación en el Templo es

una señal poderosa de ello, programática y profética. Al tumbar las mesas de los cambistas y las sillas de los que venden palomas (Mc 11,15; según Jn 2,15 llega a expulsarlos a todos con un látigo), pone una frontera muy específica. Al margen de si todo ocurrió históricamente tal como cuentan los evangelistas, se puede interpretar, en todo caso, como una defensa drástica de una frontera: Jesús pone un signo de la santidad del lugar de la presencia de Dios, que no tolera ningún comercio ni otras profanaciones. Así critica la legitimidad de la praxis cúllica, que, por otro lado, exigía la presencia de los cambistas (se necesitaba la moneda tiria) y comerciantes (se necesitaban los animales para las ofrendas) para que se pudiera realizar el culto. Pues para Jesús no se puede convertir la casa de Dios en una cueva de ladrones (Mc 11,17; Lc 9,46; Mt 21,13), ni, según Jn 2,16, convertir la casa de su Padre en un mercado. Aquí se muestra la íntima relación de Jesús con Dios: el Hijo protege la casa de su Padre y protege sus fronteras exteriores contra una actividad demasiado mundana.

Si, además, se ve ahí una alusión a Zac 14,21 (“en aquel día ya no habrá ningún mercader en la casa del Señor todopoderoso”), entonces Jesús actualiza lo que se esperaba para el tiempo salvífico es-

catológico, que ha irrumpido y se hecho palpable en la persona de Jesús. Se rompe la frontera entre el tiempo actual y el futuro escatológico.

Jesús como lugar nuevo del encuentro con Dios en el evangelio de Juan

No es casualidad que el Jesús joánico actúe más radicalmente en el Templo que el sinóptico, pues para Juan Jesús es el nuevo “Templo”, como lo indica explícitamente en Jn 2,19-21. Pero solo después de Pascua recuerdan y comprenden los discípulos que Jesús es el lugar nuevo de la experiencia de Dios (Jn 2,11). En esta concepción, que tiene su origen en la unión del logos divino con el hombre Jesús de Nazaret (Jn 1,14), se fundamenta la actitud crítica del cuarto evangelio frente al Templo (Jn 2,13-22; 4,21-24). Con ello, Juan no solo pone una especie de frontera en relación con la santidad del lugar, sino que, a la vez, se la quita: Ya no es el Templo de Jerusalén el lugar del encuentro con Dios, sino Cristo (cf. también Jn 1,29.36, donde se alude a la función expiatoria y salvífica del Templo para Israel). A partir de ahora no hay que buscar a Dios en un lugar concreto, sino adorarlo “en espíritu y en verdad” (Jn 4,21-24).

EN EL CENTRO DEL FOCO: EL SER HUMANO

Jesús se dirige con su mensaje a un amplio público en Israel. Los Evangelios cuentan que entra con gusto en las casas de la gente, sea para curar enfermos, sea para comer (Lc 7,34; Mt 11,19). Y utiliza estos encuentros para predicar. O narran también sus sermones públicos, a veces grandes discursos, como en Mateo el Sermón de la montaña (Mt 5-7), a veces amplios diálogos de revelación con individuos concretos, como en Juan.

También en ellos aparece Jesús superando fronteras. Por ejemplo, cuando como varón judío-oriental interpela en el pozo de Jacob a una mujer samaritana y conversa con ella (Jn 4,7-26), ello debe resultar intolerable a los ojos de sus contemporáneos. El evangelista lo refleja mostrando la reacción de los discípulos (Jn 4,27) y de la misma samaritana, supuesto que los judíos no se tratan con los samaritanos (Jn 4,9). La mujer no sabe quién es Jesús, pero trata tan abiertamente con él que Jesús se le revela como Mesías (Jn 4,26) –al margen de sus circunstancias familiares, que Jesús conoce bien (Jn 4,17s). A través de ella, muchos samaritanos llegan a creer, sobre todo cuando se encuentran personalmente con Jesús (Jn 4,22).

También en los milagros y exorcismos, que son manifestaciones de la llegada del reinado de Dios, Jesús supera fronteras. Frente a la necesidad de los individuos

(p.ej. la mujer que tiene pérdidas de sangre en Mc 5,25-34, o las curaciones de leprosos) y la posibilidad de hacer palpable la proximidad de Dios, no le importa que ello le pueda volver impuro.

También pueden ser interpretados como superación de fronteras las curaciones en sábado (Mc 3,1-6; Lc 13,10.17; Jn 5,1-9). Las reglas rituales y prohibiciones han de ser supeditadas a la necesidad aguda de un ser humano. No sorprende, entonces, que con ello Jesús ponga en su contra a las élites judías y a los guardianes del derecho y del orden (Mc 3,6; Lc 13,14; Jn 5,18).

Un modo especialmente drástico de ir a las fronteras aparece en los exorcismos. Por lo visto no resulta fácil ver desde fuera en qué lado se posiciona Jesús, pues los exorcistas y los demonios luchan fundamentalmente con los mismos medios. El reproche, probablemente histórico, contra Jesús de que está aliado con el “príncipe de los demonios”, pues de lo contrario no hubiera sido un exorcista tan exitoso, refleja el malestar que ello provocó entre sus contemporáneos, incluida la propia familia (Mc 3,20.30; Lc 11,14-23).

Un ejemplo: la mujer cananea

Mt 15,21-28 es un auténtico relato de transgresión de fronteras.

Al relato de la curación de la hija le precede un debate interno judío de Jesús con los fariseos y escribas a propósito de la interpretación de las normas judías sobre la pureza (Mt 15,1-20), al que sigue la ida de Jesús a Tiro y Sidón, un territorio pagano. En el relato llama la atención la fuerza con que incluye los motivos de la extrañeza y de la distancia: Jesús y la mujer se encuentran fuera de sus patrias respectivas (Mt 15,21s), a lo cual se añade la posesión diabólica con impureza, exclusión y estigmatización. Desde el punto de mira religioso, étnico y cultural, la mujer es para Jesús una extraña. Para colmo se la introduce sin la mención de sus parientes masculinos, al margen de las estructuras patriarcales que entonces eran de recibo. Por eso Jesús ignora, de entrada, la petición de la mujer. Su silencio mueve a sus discípulos a pedir que despida a la mujer (Mt 15,23), poniendo así una frontera alrededor de ellos y de Jesús, lo cual llama la atención pues habían sido enviados (Mt 10,1.7) a curar enfermos y a expulsar demonios.

Pero la mujer, a pesar de que Jesús ha fundamentado su conducta desde la perspectiva de la historia de la salvación (Jesús ha sido enviado como Mesías de Israel, no de los paganos: Mt 15,24; cf. 10,6; y ello implica poner fronteras), no se deja rechazar.

En todo caso, el diálogo se mantiene gracias a la impactante tenacidad de la mujer. Reconoce

que Jesús es competente solo para Israel, pero el cuidado preferencial de los “hijos de Israel” no excluye que la salvación pueda iluminar también a los paganos (Mt 15,27). Jesús, entonces, renuncia a su resistencia, da testimonio de la “gran fe” de la mujer (Mt 15,28) y cura a la hija, superando todas las distancias.

Inmediatamente después, Jesús abandona el territorio de Tiro y Sidón (Mt 15,29) y regresa al lago de Galilea. Allí, en su territorio, realiza muchas curaciones (Mt 15,30). El lector tiene así la impresión de que Jesús ha ido a territorio pagano solo por causa de la mujer cananea. Ello visualiza que Jesús va a los márgenes y que la periferia puede ser el centro de la experiencia de la salvación.

La apertura de la salvación para los pueblos en el evangelio de Mateo

En el contexto de Mt, la cananea es una figura que tiene el carácter de señal. Siendo no judía, reconoce a Jesús desde fuera por sus obras (cf. Mt 11,2-6) y le pide ayuda como “hijo de David” mesiánico (Mt 15,22). Y logra convencer a Jesús. Con ello anticipa el encargo que el Resucitado dará a sus discípulos de que vayan a los paganos (Mt 28,19), con lo cual hace visible que ello no es simplemente un cambio de estrategia al final del evangelio.

Una función semejante la desempeña ya la mención de las cuatro mujeres no judías en el árbol genealógico de Jesús (Mt 1,3.5s), así como la mención de la filiación abrahámica de Jesús al inicio del evangelio (Mt 1,1), o la curación del hijo del centurión de Cafarnaúm (Mt 8,5-13). Y el relato de los magos de oriente visualiza que

la esperanza de la salvación de los no judíos puede estar en el “rey de los judíos” (Mt 2,2). Con ello se hace patente que, en asociación al motivo de la peregrinación de los pueblos de Is 60,6, los pueblos, en vez de ir a la montaña de Sión en Jerusalén, van al rey de los judíos.

SIEMPRE ESTÁN PRESENTES: LOS DISCÍPULOS

Jesús ha llamado a un pequeño grupo de discípulos, que le siguen siempre. La formación de este círculo de discípulos es constitutiva de la actuación de Jesús, pues así hace patente la dimensión social, solidaria y creadora de comunidad, de su predicación. Para la formación de este círculo las fronteras son claras: se debe solo a la iniciativa de Jesús y se concentra en las personas. No hay un reglamento o un ritual que los discípulos deban seguir, sino que su tarea consiste en “estar con Jesús” (Mc 3,14) y apoyarlo en su actividad (Mt 10,7s). Pero es imprescindible que el que se una a Jesús esté dispuesto a dejarlo todo (patria, posesiones, familia: Mc 1,16-20; Lc 9,59-62). Jesús marca esta clara frontera en relación con la vida anterior. Y con la imagen del “vino nuevo en odres viejos” o del “pedazo nuevo en el vestido viejo” (Mc 2,21-22) no tiene miedo a romper con las obligaciones del *ethos* familiar (Lc 9,59-62), pues el seguimiento de Jesús exige radicalidad.

Un ejemplo: el círculo de los Doce

La creación del círculo de los Doce (Mc 3,13-19 par) hay que interpretarlo como un signo profético y un símbolo real escatológico, que apunta a la reunión definitiva de Israel.

El número Doce expresa las doce tribus de Israel, como puede constatarse a partir de Mt 19,28: “Os aseguro que vosotros, los que me habéis seguido, cuando todo se haga nuevo y el Hijo del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel”.

E inmediatamente después se les promete un premio celestial para compensar sus renunciaciones familiares y sociales (Mt 19,29). Esta promesa trasciende el círculo de los Doce hacia todas las personas que lean el Evangelio y sigan a Jesús.

La ampliación del círculo de los Doce en los evangelios de Marcos y de Lucas

El realzar el círculo de los Doce, que excluye a las mujeres, es solo un aspecto parcial del camino de Jesús. Ya Marcos, el evangelio más antiguo, informa sobre unas mujeres que seguían y servían a Jesús (Mc 15,40s). En este texto aparecen dos grupos de mujeres. Uno, que ya seguía y servía a Jesús en Galilea. Y otro, María Magdalena, que está presente en los acontecimientos dramáticos de la Pasión. Si tenemos presentes las tres instrucciones a los discípulos en el camino hacia Jerusalén, en las cuales se les indica en qué consiste seguir a Jesús (Mc 8,34; 8,35-37; 10,42-45), queda claro que según Mc 15,40.41 las mujeres cumplen lo que exige Jesús como signo característico de un discípulo: *le siguen* hasta la *cruz* y *le sirven*. Dado que los Doce no se encuentran al pie de la cruz, porque antes lo han negado (Mc 14,54.66-72) o han huido colectivamente (Mc 14,50), solo quedan las muje-

res como testigos de la muerte de Jesús. Consecuentemente, son ellas las primeras receptoras del mensaje pascual (Mc 16,5-7). Con ello muestra Marcos que el círculo de los Doce no es una magnitud cerrada, sino que ha sido ampliado con las que han permanecido con Jesús hasta el final. Todo el que está dispuesto a ello, es una discípula o un discípulo.

Aún más claramente lo muestra Lucas, que se da cuenta de que la mención de las discípulas en Mc 15,40 aparece, narrativamente, demasiado tarde. Por eso añade en Lc 8,1-3 tres mujeres, mencionadas explícitamente, que, junto con los Doce, “estaban con Jesús”, junto con “muchas otras (mujeres) que lo asistían con sus bienes”. Con ello, tanto las mujeres como los Doce son los compañeros más íntimos de Jesús ya en su camino por Galilea. Y nada indica en el texto que las mujeres estén en esta función subordinadas a los Doce –a excepción de algunas de ellas que tienen la tarea especial de apoyar materialmente al grupo de Jesús.

Tradujo y condensó: JAVIER CALVO